ELOGIO
DE CARLOS III.
REY DE ESPAÑA
Y DE LAS INDIAS,

LEIDO EN LA JUNTA GENERAL DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE MADRID DE 25 DE JULIO DE 1789 POR EL SOCIO D. FRANCISCO CABARRUS, DEL CONSEJO DE S. M. EN EL DE HACIENDA.



EN MADRID
POR ANTONIO DE SANCHA.
MDCCLXXXVIIII.

Vera autem et sapiens animi magnitudo honestum illud quod natura sequitur in factis positum non in gloria judicat, Principemque se esse mavult quam videri.

Cicero *de Oficiis.*

Si Carlos III no hubiera hecho mas que prestar su nombre á los sucesos y operaciones de su reynado: si su memoria mereciera borrarse por inútil ó funesta; ni la Sociedad interrumpiria hoy la importancia de sus meditaciones para disputar á la adulacion aquellos pocos instantes que sobrevive al poder, ni fiaria este ministerio á un individuo, harto conocido en ella por la veracidad de su caracter, y la firmeza de sus principios.

Pero si Carlos III, fundador de este Cuerpo, ha tenido por sus virtudes y caracter la influencia mas señalada sobre todos los sucesos de su reynado: si este reynado, el mas lleno y el mas útil tal vez de quantos han cabido á la monarquía, ha creado, restaurado, promovido quanto tenemos, y preparado lo mucho que aun nos falta; la gratitud y la justicia se unen con la uti-

lidad pública para celebrar aquellas virtudes, y señalar tan importante transcendencia.

El elogio de CARLOS III es por consiguiente la ocupacion mas digna de la Sociedad, y el empleo mas honroso para un orador patriótico y sensible.

He apreciado este honor: procuraré desempeñarle; y sin guardar un órden didáctico en la relacion de la vida de CARLOS III, presentaré á la Sociedad los hechos mas memorables de este Rey, hombre de bien, con todos los atributos de prudencia, de razon y de dignidad, que forman la verdadera acepcion de tan noble título.

Ha proscrito ya en efecto la Filosofía las funestas distinciones que la adulacion inventó entre la moral privada y la moral pública, y ha probado que aquellos delitos de la Política que consiguieron la estólida admiracion de la misma humanidad que sacrificaban, no eran mas que los recursos mezquinos de la ignorancia y de la

debilidad. La felicidad de los súbditos es el grande objeto de toda soberanía, y el fomentar ó aprovechar su ignorancia, el satisfacerlos momentaneamente, y lisonjeando sus preocupaciones preparar su desgracia succesiva, es una verdadera conspiracion, tanto menos digna de celebrarse quanto es mas facil y libre de riesgos.

Tal es sin embargo el quadro que nos presenta la Historia en aquella casa constantemente funesta al género humano, que, no sé porque fatalidad, inspiró á nuestros padres un entusiasmo del qual aun no acabamos de convalecer: que convirtió en héroes á los Españoles, pero siempre en perjuicio de España: que regó con nuestra sangre los vastos é infelices dominios que poseia, y los que su insaciable y mal combinada ambicion la hacia apetecer: que sobresaliendo solamente en la detestable ciencia de forjar cadenas, ató mas fuertemente nuestras manos vencedoras que las de los pue-

blos que le vencimos; y que finalmente cubrió con laureles estériles y escasos el abismo á que arrastraba la nacion entera, si la augusta familia de Borbon no la hubiera detenido á la orilla del precipicio, y salvado algunas ruinas de su antiguo poder.

Esta familia fecunda en héroes, y en la que la bondad y sanas intenciones parecen hereditarias, habia producido en el mismo siglo aquel ENRIQUE nunca bastantemente celebrado, que fué el conquistador y el amigo de sus pueblos: aquel LUIS á quien la adversidad confirmó tan justamente el nombre de grande que le habia anticipado la lisonja; y aquel FELIPE que criado á su sombra habia de restaurar á España, y que tal vez los hubiera excedido, si las turbaciones y los obstáculos de toda especie que le sitiaron durante su reynado no hubieran frustrado la mayor parte de sus esfuerzos.

Enmedio de estas dificultades Espa-

ña moribunda en el primer año de este siglo resiste los estragos de una guerra civil: conserva casi la integridad de sus dominios: tremola poco despues sus banderas victoriosas en Cerdeña y Sicilia; y las luces rayan enmedio del horror y del estrépito de las armas.

En esta misma época nacia y se criaba CARLOS: CARLOS que la Providencia destinaba á adelantar la grande obra empezada por su padre.

No hablaré de su educacion. ¡Ah! si la de las clases subalternas es tan imperfecta en casi todas las constituciones modernas, ¿qué ha de ser la de los príncipes? Celebremos que mientras no exîsta un Fenelon (*), esta educacion sea negativa, y que su situacion que aleja las principales y mas importantes verdades, aleje tambien

(*) Arzobispo de Cambray y autor del Telemaco que compuso para la educacion del célebre Duque de Borgoña.

las vanas é impertinentes doctrinas que alteran la rectitud de razon que los hombres reciben generalmente de la naturaleza. La religion basta para formar su corazon; y si los príncipes abusan personalmente de su autoridad menos que muchos depositarios de ella, por la saludable desconfianza es sin duda que les inspira su educacion.

La de Carlos iii fué propiamente vencer y reynar, y la Providencia para completar el don que nos reservaba, quiso que antes de gobernar una monarquía tan vasta, se ensayase, digamoslo así, en otra mas reducida, pero nó menos dificil de regir.

Nápoles y Sicilia, que por tantos títulos interesarán siempre al político, al erudíto y al artista: aquellas deliciosas regiones en que la naturaleza de por sí tan magnífica, y adornada succesivamente por las artes de Grecia y de Roma, ha resistido á dos

mil años de revoluciones sangrientas: Nápoles y Sicilia fueron el patrimonio que la justicia señalaba á Carlos. La victoria se la adjudicó, sus virtudes se la aseguraron; y aquella corona que habia pasado tan rapidamente por las sienes de tantos príncipes, se fixó en las suyas y en las de su posteridad por aquel predominio irresistible que tienen la virtud, la justicia, la afabilidad, y todas aquellas prendas que ganan los corazones.

Príncipes, en ellos está el verdadero cimiento de vuestro poder. La fuerza que levanta los tronos, los destruye con mudar de mano. Casi todos los hombres conocen la necesidad de un gobierno político, y prefieren justamente para la suprema magistratura algunos nombres que una larga tradicion les ha acostumbrado á respetar á otros menos esclarecidos; pero al cabo prevalece la voz de la naturaleza que les grita, que solo merece gobernar-

los aquel que los hace mas felices.

Este derecho, el mas sagrado de todos fué el que adquirió Carlos III, que supo inspirar el entusiasmo del amor y de la gratitud á naciones, que solo habian conocido por muchos siglos el delirio de la sedicion y de la anarquía.

Tal es en compendio el reynado de Carlos III en Nápoles. Poco me interesan los campos de Bitonto y Veletri. Exciten en hora buena la admiracion el descubrimiento de dos ciudades sepultadas, y el mayor beneficio que hayan recibido tal vez las artes de ningun otro príncipe, con la recoleccion y publicacion de los tesoros que encerraban. Pero quando me represento á Carlos llamado á esta corona, despues de depositar aquella en su segundo hijo, ocultando en quanto era posible el dia de su partida, para substraerse á un pueblo inmenso que en la expansion de su ternura quisiera embarazarla: quando veo

aquel buen pueblo entregarse á las expresiones del dolor mas puro, y mezclar entre sollozos y lágrimas los mas tiernos deseos por la vida y prosperidad del monarca que le dexa: quando le veo seguir desde la orilla con la vista y el corazon la esquadra fugitiva que á su parecer le arrebata toda su felicidad: quando me represento esta escena patética, este verdadero triunfo de la virtud de CARLOS; no necesito registrar las crónicas de Nápoles para saber como la gobernó. El amor de los pueblos es el único testigo que oye la posteridad quando juzga á los reyes.

¡Qual fué entonces el gozo de España! ¡Quales sus esperanzas y ardientes votos por la familia augusta que esperaba!

La pérdida de una esposa querida, y una funesta enfermedad, habian inutilizado los dos últimos años del virtuoso FERNANDO: la administracion pública entorpecida con el retiro de Ensenada se hallaba ultimamen-

te casi del todo suspensa. En estas circunstancias llega Carlos precedido de su fama, y rodeado de una familia amable, que promete á la nacion sucesion de príncipes criados en su seno, y que la conozcan para apreciarla y quererla.

Un nuevo reynado es para las monarquías lo mismo que la aurora para la naturaleza: parece que entonces rejuvenecen y toman nueva vida. La imaginacion hermosea aun mas este crepúsculo de felicidad, abriendo campo inmenso á las esperanzas. El comun de los hombres, sin contar con la posibilidad de males que no prevé ó que ha olvidado, tiene por mayores los que acaba de padecer: ó entonces un justo resentimiento aprovecha aquel instante de libertad, para señalar al nuevo príncipe los instrumentos odiosos, á los quales se imputan; ó lo que es mas comun, la ambicion y la envidia usurpan la voz del patriotismo, y condenan sin distincion to-

das las manos que ven empleadas en el timon público.

Estas pasiones se agitarán en vano para alcanzar á la grande alma de CARLOS III, igualmente distante de aquella apatía que dexa envejecer los abusos y no remedia nada, como de aquella turbulencia que trastorna y confunde sin mejorar. Atiende al cargo mas importante del Estado, confiando el Ministerio de Hacienda á un hombre que tenia experimentado en igual destino en Nápoles, y que por muchos frutos que aun gozamos justificó aquella eleccion.

Premia al mismo tiempo con un destino honroso al buen patriota, que habiendo admitido este empleo por mera obediencia, le habia mantenido como en depósito: conserva todos los demas ministros, tomandose tiempo para estudiarlos, y distinguir entre las justas reclamaciones del bien público, los rumores de la intriga y de la malignidad.

En todo el vigor de su edad, auxîliado por una esposa insigne, y que no habiendo en algun modo hecho mas que pasar, ha dexado una memoria eterna de su virtud y de la entereza de su alma, Carlos tiende la vista por todos los ramos de la administracion pública, y desde luego los vivifica.

El reynado pacífico de Fernando amontonó un tesoro crecido, que la suspension de los establecimientos útiles en que le empleaba Ensenada, habia aumentado fuera de toda proporcion.

Mientras el vulgo, que confunde las riquezas con los signos que las representan, se embelesa en la contemplacion de una masa esteril de numerario, Carlos intenta restituirla á la circulacion por muchos conductos útiles.

Pero si la Política le sugiere tan conducente inversion, su virtud le hace subir al origen de este tesoro. Le vé nacer con

la llegada de las rentas de Indias, detenidas en algunos años de guerra, y recibidas con la paz, y con haberse suspendido el pago de las deudas que debian satisfacer aun en la insensata asimilacion de la corona con un mayorazgo particular. Desde entonces le parece que oye gemir la sombra de su augusto padre: su grande alma se indigna: su alma, santuario de la mas incorruptible providad, y que conservaba aun aquella sensibilidad escrupulosa de honor que caracterizaba á la antigua caballería, quiere que la justicia preceda á la beneficencia; y como todos los buenos principios se hermanan y se unen, así el decreto que anuncia á millares de familias la restitucion de su propiedad, empieza á restaurar el crédito de la corona, y pone en movimiento los caudales que necesitaban la industria y el comercio.

Pudo sin duda, y debió combinarse mejor esta operacion, que reduxo á la mitad

el importe de las deudas de Felipe v; pero la posteridad, que imputa la insuficiencia de los medios á quien debe combinarlos y sugerirlos, no desconoce la magnánima resolucion del Monarca, que no cesó en todo su reynado de procurar que se completase.

La Capital del Reyno merece la especial atencion de Carlos: sabe que estos emporios del poder, de las luces y del luxo de los estados, tienen la mayor influencia en las provincias, y que las reformas mas útiles deben empezar por ellos, ya porque la imitacion las propaga mas presto, ya porque se executan mejor á vista de la autoridad soberana.

La salubridad del ayre, la limpieza y seguridad de las calles... Pero ¿quién creerá que este noble empeño produxo las mas vivas quejas: que se conmovió el vulgo de todas clases; y que tuvo varias autoridades á su favor la extraña doctrina de que los vapores mefíticos eran un correctivo

saludable de la rigidez del clima?

Excita, sin duda, nuestra indignacion este delirio de una generacion que ya casi no exîste: pero ¿quántos errores nuestros, igualmente dirigidos á contrarrestar las verdades útiles que debiamos adoptar, producirán el mismo efecto en nuestros descendientes? Extrañamos que las sociedades políticas se hallen tan atrasadas y tan distantes de la perfeccion de que son susceptibles: nos quejamos de los que gobiernan; pero considérese la ignorancia y la ingratitud con que pagamos el bien que proyectan, y solo nos sorprenderá que algunos entes privilegiados no desmayen todavia en sus benéficos intentos.

Carlos III habia recibido de la naturaleza una alma inaccesible á todas las seducciones: ni la ambicion, ni un falso pundonor le animaban: las grandes relaciones de la justicia y del bien público le eran geniales. La contemplacion continua de la

grandiosidad y órden que el autor de la naturaleza puso en sus obras le sugeria, durante aquellas horas dedicadas al parecer á una inocente diversion y que no pocas veces convertia en meditaciones profundas, todas las aplicaciones posibles al cuerpo político que habia de gobernar. Sin esperanza de premio humano, proseguia con teson su carrera benéfica, y solo mezclaba á esta constancia la solícita ternura de un padre que se proporciona á la corta inteligencia de sus hijos, que gradúa la instruccion que les dá así como el bien que les hace, que fia del tiempo y de la experiencia progresos mas decisivos; y que prefiere á todo riesgo el no completar su felicidad por no hacersela comprar con demasiadas lágrimas y repugnancia.

Este caracter de Carlos III, efecto de una sábia observacion aun mas que de su temperamento, explica todas las providencias de su reynado, y justifica la especie

de preocupacion con que parece quiso siempre contentar á sus vasallos al mismo tiempo que los beneficiaba, y curarlos de algunas preocupaciones sin chocarlas demasiado.

Una de las mas envejecidas era la tasa de los granos. Esta ley digna de un conquistador que quiere mantener su exército á costa de los vencidos, habia resistido á las reclamaciones de todos los ciudadanos sensatos.

La satisfaccion del vecino de las ciudades habia ahogado los gemidos del infeliz agricultor, y los grandes propietarios cuidaban poco de los perjuicios de una ley que les era facil eludir.

Resonaba entonces en el supremo senado de la nacion la voz de aquel Magistrado patriota que hoy le preside, y que desde entonces no ha dexado un solo dia de ser útil.

La razon y la verdad triunfan en el Se-

nado que propone la libre circulacion de los granos: el Rey la aprueba, la manda, y lo que es mas, la sostiene y la defiende por veinte y quatro años consecutivos contra las reclamaciones abiertas, las sugestiones clandestinas, y los artificios que suele emplear la falange numerosa que todavia pelea por el error.

Combina Carlos III esta entereza con la compasion que merece la ignorancia, y para que esta no calumnie la ley del libre comercio de granos, imputandola los efectos naturales de dos años de escasez que sobrevinieron á ella, invierte una porcion crecida de su Real Hacienda, esto es, del erario general de la Monarquía en el alivio particular de la Capital.

Lejos, lejos de mí la funesta conmemoracion de la siniestra recompensa que tuvieron los cuidados paternales de Carlos III y su benéfica solicitud. El Reyno estaba ya lleno de monumentos de su ilus-

tracion y de su magnificencia : al aseo y adorno de la corte habian acompañado caminos magníficos que conducian á los sitios Reales , y favorecian los transportes precisos : el libre comercio de granos animando al agricultor debia multiplicar los frutos de primera necesidad: la libertad dada al comercio de las Islas de Barlovento iba á causar el mismo efecto en los que son de comodidad : el establecimiento de paquebotes conspiraba á facilitar una comunicacion íntima entre las partes mas remotas de un grande imperio: el exército habia resucitado: la marina se aumentaba: las ciencias y las artes recibian cada dia pruebas distinguidas de la proteccion del monarca.... No bastó , es cierto, este cúmulo de beneficios públicos á preservar á Carlos III de los tristes excesos de la seduccion y de la credulidad : pero su virtud siempre respetada, nunca se desmiente : desprecia los consejos sanguinarios de los que confunden

con el error del vulgo digno de lástima, las delinqüentes sugestiones de los que abusan de su sencillez, y prefiere la clemencia á una ostentacion tan fácil, pero tan cruel, del poder.

No opone mas armas al desprecio de las leyes que las leyes mismas, y aumenta la magestad de su santuario, poniendo á la frente del Senado un hombre que la voz pública le ha señalado; que ha sabido servir con igual zelo muchos empleos, y dexarlos quando se vió imposibilitado á practicar en ellos el bien que su conciencia le sugeria; y que al arte difícil de conciliar el amor y respeto del pueblo, reune toda la vigilancia necesaria para descubrir las pasiones capaces de inquietarle.

Despues de depositar la principal autoridad de las leyes en tan dignas manos, CARLOS III que no ignora lo que influye en su exercicio el ministerio encargado de

invocarlas, asocia al promotor del libre comercio de granos otro magistrado no menos recomendable, que á los principios de su carrera dió las esperanzas que ha sabido justificar tan bien despues, y cuya vida desde aquella época llega á ser parte principal de nuestra historia.

Estos tres hombres insignes, unidos por el mismo zelo y por los mismos principios, restituyen en un instante al Senado de la nacion su antigua dignidad. El restablecimiento del órden en la capital y las provincias, no les basta: policía, administracion pública y municipal, educacion, industria, obras públicas, destruccion de errores, propagacion de las luces y conocimientos útiles, nada se oculta á su infatigable investigacion.

Seamos justos, Señores, y enmudezcan la envidia y las pequeñas pasiones quando se trata de hablar el lenguage de la posteridad. ¿Se borrarán jamás de la memoria

de la nacion aquellos dias de gloria para el Consejo, en que hizo mas de lo que habia hecho en un siglo, y en que, transformado en algun modo por CARLOS III y los tres cooperadores que supo elegir, dió los pasos mas decisivos para la prosperidad nacional?

Excita la vigilancia del gobierno la supersticion, este enemigo cruel del género humano, y que parece haber nacido con él: la supersticion que sigue las huellas de la religion para ultrajarla, como aquellas plantas parásitas que se crian á la sombra del arbol útil y pomposo para enlazarle y destruirle: la supersticion en fin contra la qual deben dirigirse siempre en qualquiera conmocion las primeras investigaciones del hombre público.

Una órden famosa, fundada por el zelo, pervertida desde su primer siglo por la Política, se habia apoderado de todos los estados: dirigiendo las primeras impresiones

por la educacion, fortificandolas en el confesonario y en el púlpito, reunia en sí todas las gerarquias, todos los talentos y todos los medios de celebridad, y regia simultaneamente la conciencia de los reyes, y reynaba en la de los pueblos. Postrada en Roma á los pies del gefe mas despótico, dominaba en el Paraguay, predicaba en el Japon, enseñaba las ciencias en la China, comerciaba en el Indostan; y habiendo llenado el mundo entero de su nombre y de su gloria, dividia la Europa en opiniones.

Exâltada ó calumniada sin medida por el fanatismo de sus parciales, ó por el de sus contrarios, no habia sido aun apreciada por los filósofos, cuyo juicio sobrevive al furor de los partidos: pero habia llegado ultimamente á ser formidable á los soberanos mismos por sus intrigas y riquezas.

Distintas ocasiones habian producido iguales efectos en Portugal y Francia. Carlos III, incapaz de gobernarse por me-

ros exemplos en causa tan delicada, encarga su exâmen á ministros de su especial confianza: se entera personalmente y providencia la proscripcion entera de la órden.

El acierto de la execucion que correspondió al pulso y prudencia con que se habia deliberado esta providencia importante, pasará á la última posteridad.

Pero Carlos III conoce que los paliativos y las reformas, no sirven en materia de supersticion ó de fanatismo, y que es menester desarraigarlos enteramente, ó temer siempre que se reproduzcan con nueva fuerza.

Este justo conocimiento le hace solicitar años enteros la extincion absoluta de la órden que habia expelido de sus estados, y dedicar á esta mision importante el único hombre, capaz tal vez de desempeñarla.

Si Carlos III siguió en esta providen-

cia lo que exîgian la justicia y la tranquilidad pública, no desatendió la voz de su corazon que le clamaba que aquellos proscriptos eran hijos y vasallos suyos: que muchos habian sido útiles al estado por sus talentos y sus virtudes: que los mas no estaban iniciados en la funesta política que se imputaba al cuerpo; y que habiendo tomado todos esta profesion sobre la fé del estado que la autorizaba, tenian un derecho incontestable á su manutencion.

Esta se asegura con generosidad, y en el resto de su reynado ha sabido premiar Carlos III á muchos individuos ilustres, por la misma mano que habia consumado la destruccion de la órden.

Así es que al paso que confundia la superstición, restauraba la antigua disciplina de la Iglesia, y se manifestaba su mas zeloso hijo, atendiendo á lo que pide la ilustracion general del Reyno, sin alterar las precauciones dirigidas á conservar

ileso el santo depósito de la fé.

Protege las demas órdenes religiosas, pero quiere que penetrandose bien del verdadero espíritu del Evangelio, arreglen su enseñanza y su moral á la obediencia que deben al soberano, á las leyes y á sus ministros.

Contribuye generosamente á la reedificacion de los templos y á la dignidad del culto, mientras protege las propiedades de las familias contra las ilusiones de un zelo indiscreto.

Reprime los atentados de la Curia Romana contra su autoridad y la de un príncipe de su sangre, al paso que lleno de veneracion por el Gefe de la Iglesia, hace respetar los justos derechos que le corresponden.

En fin este sabio Príncipe, midiendo siempre con exâctitud la linea que divide en estas materias arduas la justicia del exceso, concilia las obligaciones de christia-

no fervoroso y sumiso con las de Rey magnanimo é ilustrado.

Este estudio tan dificil no interrumpe la série de proyectos benéficos que ha de llenar su reynado.

La Acequia Imperial empezada por Carlos v en Aragon se emprende de nuevo. Ni la grandiosidad, ni la duracion, ni el coste, ni las equivocaciones que padece este proyecto en sus principios, son capaces de entibiarle. Carlos iii calcula su influencia y su utilidad: confia la direccion absoluta de este proyecto á uno de aquellos hombres nacidos para triunfar de las dificultades por su gran caracter; y vé ya el premio de sus afanes en los progresos que ha tenido desde tan acertada eleccion.

Conociendo la inutilidad de este canal en quanto aumente los frutos sino aumenta el despacho de ellos, se ocupa en asegurar la navegacion del Ebro en todos tiempos por medio del canal de Tortosa:

proyecto malogrado sin duda, pero señalado y encomendado como otros muchos á la posteridad.

Ademas de estos fomentos indirectos, pero tal vez los mas decisivos á favor de la agricultura, la extiende con la creacion de una provincia. Hablo de aquellas colonias, monumento del poder, de la beneficencia y del zelo de CARLOS III, no menos que de la tenaz é indiscreta oposicion que encuentra todavia entre nosotros toda empresa útil.

No usurparé las funciones de historiador, refiriendo menudamente todas las concesiones y franquicias dispensadas á la industria. ¡Ah! si esta no florece ¿se podrá sin injusticia atribuir su atraso á CARLOS III? ¿Y que monarca ha hecho á su favor mayores ni mas continuados esfuerzos? Interpelo hoy á sus ministros y á las personas que le eran mas inmediatas: ¿habrá resistido, habrá detenido voluntariamente

una sola proposicion que tuviese la apariencia de conducente al bien de sus reynos? ¿El malogro de las muchas que habia adoptado acaso le cansó ó le entibió para no admitir otras? No Señores: si la industria no ha florecido tanto como se podria presumir, y como parece que lo exîge el estado de las demas naciones de Europa, es, digamoslo abiertamente, porque nuestro sistema es esencialmente malo: porque su combinacion exîge que se junten á una teoría muy sencilla, muchos conocimientos particulares y muchas observaciones, que los soberanos no pueden tener ni formar; y porque este sistema, que fué inaccesible al gran FEDERICO en una monarquía mucho mas reducida, será siempre un efecto del progreso de las luces generales de la nacion.

¿Y que pudo hacer de mas decisivo CARLOS III para acelerar este progreso, que fundar estos cuerpos patrioticos en todo el reyno, para estudiar y propagar los bue-

nos principios, y auxîliar al gobierno por medio del ascendiente de la opinion general?

Empezemos por convenir en estos principios importantes: fixemonos en un corto número de verdades elementales: repitamos continuamente que un pais adquiere siempre toda la industria que es capaz de tener, como no haya obstáculos que contrarresten su energía espontanea: que estos obstáculos vienen de la naturaleza, de la legislacion ó de la opinion: que los de la naturaleza se dirimen con abrir comunicaciones; los de la legislacion con destruir prohibiciones absurdas, derechos excesivos, ó ilusorios, trabas ó arbitrios exterminadores; y que sin mas accion ni dispendio por parte del Gobierno, brotará la industria por sí misma, siempre que circulen libremente las luces que han de triunfar de los obstáculos de opinion.

Substituyamos esta solida doctrina á

nuestra manía pueril de multiplicar establecimientos efímeros, y á todos estos errores que acariciamos aun con prediieccion; y entonces, entonces al considerar la posteridad las prodigiosas influencias de las Sociedades patrióticas, conocerá la extension de miras que tuvo su augusto fundador.

Mientras se verifica esta época tan apetecible, y que columbramos aun á distancia harto remota, ¿que proteccion no ha logrado de Carlos III, principalmente en los últimos dias de su reynado, la comunicacion de las luces?

Al paso que prohibe con la mayor severidad aquellos escritos escandalosos, destructores de toda moral, que la razon sola deberia proscribir, y aquellas sátiras anónimas en que la cobardía compite con la insolencia, para profanar la mas noble de las artes, y asesinar impunemente el honor y la reputacion agena; alienta al ciudadano generoso que prescindiendo

de personalidades se atreve á estampar en su nombre verdades útiles aunque amargas: que con todo conocimiento corre el riesgo consiguiente á su noble franqueza; y que fiado en sus fuerzas y en la santidad de la causa que defiende, se arroja intrépidamente á la palestra desigual en que le esperan el error y las preocupaciones.

Pero ¿quanto este beneficio de CARLOS III cuyos efectos son incalculables no interesará tambien la gloria del Ministro que excitó su proteccion, y extendió los límites demasiado severos que contenian la libertad de imprimir?

Sí, Excmo Señor, (*) permita V. E. que en este dia en que me considero intérprete de la Sociedad y de todos los buenos ciudadanos, le dé publicamente gracias por la parte que ha tenido en tan importante beneficio. Prosiga V. E. y cuen-

(*) El Excmo Señor Conde de Florida Blanca que como Director de la Sociedad, presidia la asamblea.

te con la gloria que le espera. Esta gloria sobrevivirá á su autoridad : hará resaltar las grandes y útiles operaciones de su ministerio : borrará qualquiera equivocacion ; y el sufragio unánime de los hombres que piensan , y no prostituyen la alabanza tendrá sin duda alguna crédito en la posteridad. No desmaye V. E. por la contradiccion ó las murmuraciones, ni por el abuso mismo de esta libertad. Es imposible á V. E. hacer felices á todos los individuos de la nacion , pero está en su mano que todos se instruyan de los medios de serlo y los adopten: los delitos nacen del error, y la autoridad legítima se afirma mas con la propagacion de las luces.

Asi lo entendia Carlos III, que despues de abrazar en su proteccion todas las artes y todos los conocimientos útiles , fundaba el Gabinete de Historia natural , el Jardin botánico , las escuelas de Química y de Náutica ; substituia el estudio de Ma-

temáticas, Derecho de gentes y Economía civil, al miserable escolasticismo; y connaturalizaba el buen gusto de Grecia y de Roma adornando con el pincel encantador de Mengs los palacios que levantaba magestuosa la Arquitectura.

Pero si CARLOS III desempeña tan bien estas funciones agradables, digamoslo así, de un Rey, capaces de consolarle de los cuidados de la corona; atiende con mas escrupulosidad á las obligaciones graves y austeras que le impone tan alta dignidad.

Las viudas y los huerfanos de los ilustres defensores de la patria, de los ministros de las leyes ó de la administracion política excitan su atencion: sabe que los mas de ellos colocados por el Estado como otras tantas centinelas, no pueden abandonar su puesto, ni distraerse sin delito al cuidado de una fortuna que asegure el bien estar de sus familias: infiere de este principio la justicia que

hay en que el Estado supla por su parte esta imprevision forzosa : un establecimiento útil, pero fecundo en imitaciones indiscretas , se dedica á este objeto , y arranca millares de familias al oprobio y á la indigencia.

Quitada de este modo una de las mayores disculpas de la relaxacion de las costumbres, Carlos castiga con inexôrable severidad todos los excesos públicos : pero sin profanar el sagrado de las casas con una indecente y tiránica curiosidad, dexa á los magistrados el cuidado de reprimir los escándalos , y de denunciarle los que exîgen su soberana interposicion. *¿Por que me lo habeis dicho? Yo he de cumplir con la obligacion de Rey*, respondia á algunos que le pedian la moderacion del castigo impuesto por un leve desórden, de que le habian instruido, y que hubiera podido ignorar.

Este espíritu de órden y de método que dictaba todas sus providencias así como

todas sus acciones, y que le hacia querer que cada uno estuviese en su puesto y desempeñase sus funciones, le ayudaba á distinguir con una sagacidad admirable lo que convenia á su dignidad, de lo que hubiera hecho sin ella.

Penetrado de la imposibilidad de conocer por sí mismo el mérito de los candidatos, y creyendose condenado á la triste necesidad de equivocar sus elecciones, deferia al órden de antigüedad que le parecia la medida menos incierta del mérito: pues á lo menos supone la experiencia ó la opinion de las personas en las quales habia depositado su confianza.

El mismo principio y la dificultad de atinar con un justo medio, le hacia preferir entre dos extremos opuestos el de mantener en sus empleos á las personas que habia escogido: sin que este sistema alterase el tino exquisito con que las apreciaba, juzgaba y comparaba.

Ofenderia las virtudes de Carlos III con dilatarme sobre el sumo respeto que tenia á las leyes: esta emanacion de la razon divina, y el vínculo mas estrecho del órden social. Jamas alteró ni interrumpió su exercicio aun en las causas que podian interesar su fisco: queria que se decidiesen con la misma imparcialidad que las que le eran indiferentes; y habiendole consultado pocos años ha un tribunal cierta transacion, le recordó las obligaciones de su ministerio, con este decreto lleno de entereza y de dignidad: *su oficio*, decia, *es aclarar derechos, y no proponer composiciones: sé perdonar los mios, y no quiero que nadie me perdone el suyo.*

Sin duda en otro siglo en que la enumeracion de conquistas, de hazañas sangrientas y de revoluciones prodigiosas, tenian el derecho exclusivo de excitar la admiracion, poco interesaria el quadro que acabo de formar de las virtudes y tareas

pacíficas de Carlos III.

Pero si estas tareas son precisamente las que ó han labrado ó preparado nuestra felicidad, ¿interrumpiré acaso la serie de ellas para hablar de la conquista de Santa Catalina, de la colonia del Sacramento, de la recuperacion de Mahon y Panzacola, y de la paz gloriosa que indemnizó á España de las pérdidas de la guerra anterior, y del malogro de la expedicion de Argel?

¿Y que nos importa esta vicisitud de sucesos prósperos y adversos que nunca se compensan exâctamente, y cuya resulta es siempre funesta á las naciones? ¡Ah! no olvidemos nunca que la guerra es el manantial de todos los males que nos oprimen: que ella fué la que dió lugar á la destructora alcabala: que fué obra suya la enagenacion de los empleos municipales, primero y funesto golpe dado á nuestra antigua constitucion: y que los derechos mas impolíticos con las trabas inventadas para

asegurarlos: la despoblacion y la ruina de las artes han nacido de la guerra: conozcamos de una vez que el decantado equilibrio de la Europa, esta chimera antigua, y la balanza del comercio que le hemos asociado mas modernamente no piden mas que la restitucion de las naciones á la razon, y su aplicacion á los medios que la Providencia ha franqueado á todas para ser felices, como no quieran serlo exclusivamente.

Pero si Carlos III penetrado de estas verdades no pudo evitar la última guerra, no es poco singular el pulso con que procedió en los medios de sostenerla.

No contento con asegurar la exâctitud en todos los pagos sin desatender los objetos de beneficencia pública, compensa el corto acrecentamiento de tributos que fué necesario imponer, permitiendo varios arbitrios á los pueblos, que al paso que disminuyen aquel gravamen les preparan para lo

sucesivo mayores conveniencias. Apenas las hostilidades cesan quando cesa con la mayor puntualidad el nuevo tributo, y los pueblos enternecidos comprehenden que la probidad personal del monarca es el garante mas seguro de que son susceptibles las monarquías.

Esta probidad llega á ser el resorte político de la Europa: todas las cortes penetradas de respeto á sus virtudes le buscan por árbitro y mediador. Nuestro Gabinete, sin mas política que la honradez y la buena fé, goza en todas partes de una consideracion desconocida: la palabra de CARLOS encadena las potencias Berberiscas, y substituye una paz profunda y universal para sus vasallos á doscientos años de guerras incómodas, y tan contrarias á la humanidad como á la verdadera religion.

La parte que me ha tocado en la restauracion del crédito nacional con la formacion de vales Reales, del Banco y de la

Compañía de Filipinas, me prohibe extenderme sobre estos establecimientos importantes, creados en aquella época misma por Carlos III, y protegidos sucesivamente con aquella constancia que siempre caracterizó en él la opinion que formaba de la justicia de sus determinaciones; pero permitáseme enumerarlos aquí, y dexar al tiempo el juicio de su influencia en la prosperidad pública.

Mas ¿como podré omitir aquella victoria tan señalada que solo Carlos III pudo hacer conseguir á la nacion de un corto número de monopolistas, que dividiendo entre sí de dos siglos á esta parte los despojos de las provincias de América y de Europa, las defendian como un patrimonio suyo, y no perdonaban medio alguno para conservarle?

Este gran paso, el mayor de los que ha dado Carlos III, atendidos los obstáculos que tuvo que vencer, pinta mejor

que ningun otro su consumada experiencia.

Abrió en 1764 el comercio de las Islas, y vió calificada esta providencia por los mas saludables efectos. Catorce años despues, y quando todos los ánimos debian ya estar convencidos y uniformes en una opinion fundada en demostraciones palpables, abre los puertos del Perú y de Nueva-España; procediendo en una y otra providencia con restricciones y modificaciones que al parecer inutilizaban el objeto.

Pero ¿que clamores, que oposiciones no han justificado las precauciones de Carlos? ¿Que mezcla de vaticinios melancólicos, de fabulas, de argumentos ridículos no ha atestiguado quanto conocia el Rey la lentitud con que se nos debia restituir la libertad mas justa? Contento con abrir la senda Carlos III ha señalado el fin, y preparado la providencia con que el heredero de su corona y de sus virtudes la ha extendido desde los primeros instantes de

su reynado, dexandonos la esperanza de verle completar enteramente tan importante beneficio.

Estas sin duda han sido las instrucciones que debió al augusto padre, que quiso añadir á las lecciones continuas del exemplo las que le sugeria en el despacho la ocurrencia de los negocios de una vasta monarquía.

Señalado el caracter de Carlos iii, es inútil expresar que tan excelente rey fué buen hijo, buen esposo, buen padre, y que poseyó en supremo grado todos aquellos afectos que ennoblecen la humanidad y la consuelan.

¡Oh, que caro le costaron estos afectos de padre tierno y sensible! Si á veces le hicieron gozar en el aumento de su familia, en el amor extremado y la sumision de sus hijos la mas dulce recompensa, ¡ah, como le afligió la Providencia por esta parte tan delicada!

El golpe cruel que recibió con la muerte del primer Infante, de aquel nieto que parecia haberse librado ya de los riesgos de la niñez, se repite tres veces, y hace lugar al espactáculo mas horroroso y mas digno de compasion. ¡Oh dias aciagos! ¡dias de llanto y de dolor! ¡Quando vimos casi de repente abrirse el sepulcro cada quince dias y desaparecer en él sucesivamente el hijo, su esposa y el tierno infante último fruto de su union! ¡Quando temimos que el mismo contagio cundiese al resto de la familia Real, y nos arrebatase vidas aun mas preciosas! ¡Quando la vimos sumergida en el luto, y en la consternacion!

¿Quien de nosotros no puso su primera atencion en el infeliz y magnánimo anciano, en el padre de los Reyes, del Estado y de nosotros? ¿Quien no estudiaba las impresiones del dolor en aquel semblante que infundia una veneracion irresis-

tible? ¿Quien no temia sus efectos?

Nuestros pensamientos se verifican: Carlos III apoyado en la religion se somete con un heroismo christiano á los decretos de la Providencia; pero es hombre, y padre sensible y tierno: su salud ya agoviada por la edad y la estacion, no resiste tan crueles heridas, si bien no consiente que su dolor le distraiga de ninguna de sus obligaciones.

La noticia de su enfermedad es el anuncio de su muerte. Este triste y general convencimiento resiste á quantas esperanzas lisonjeras se esparcen, y desconfiados de conservarle fixamos nuestra vista sobre los últimos instantes de una vida tan llena de virtudes, tan metódica, tan digna de eterna memoria.

Nada desmiente nuestra admiracion: la misma serenidad, la misma presencia de ánimo, la misma verdadera grandeza: se ha sometido á los socorros del arte, sin

esperar nada de ellos, porque ha querido desempeñar esta obligacion como todas las demas: satisface á las de christiano con el fervor, pero con la simplicidad y solidez que han caracterizado su devocion: no descuida las de rey, ni las de padre, y con las riendas del gobierno en la mano proveyendo y previniendo todo, espira tranquilamente como un patriarca, un justo, un verdadero filósofo, consolandose con sus intenciones, con su conciencia que nada le reproduce, y con la íntima persuasion de haber llenado lo mejor que le ha sido posible el papel que le ha tocado.

Pero no Señores: Carlos III no ha muerto del todo para España; vive en los muchos y grandes monumentos que nos ha dexado de su amor: vive en nuestros corazones: vive sobre todo en su augusto hijo. ¡Ah, sin duda desde la mansion de la felicidad eterna le inspira incesantemente, y le repite las excelentes advertencias que le

daba quando le formó en el arte de reynar!

Mira, hijo mio, le dice, mira veinte millones de hombres que desde las quatro partes del mundo tienen puestos los ojos en tí, y tienden los brazos hácia tu trono pidiendote que los hagas felices. Esta es justicia por su parte: es por la tuya la deuda mas sagrada que debes desempeñar: tienes mas proporciones que yo para llenar sus esperanzas. El cielo te ha concedido un amigo y un consejo incorruptible en la esposa que te dió: la elevacion de su entendimiento y sus talentos naturales se han perfeccionado con una educacion exquisita: ¡ah si hubieras visto palpitar á la noticia del menor riesgo de una vida tan importante el corazon de los buenos ciudadanos! Esta desgracia me sucedió: yo gozé demasiado poco de semejante ventaja inapreciable para un rey. Sientes dentro de tí mismo aquella necesidad y aquella impaciencia de accion que pueden ser instrumentos de glo-

ria, siempre que las dirijas á objetos útiles y grandiosos. ¿Que tenia mas aquel gran Luis, inmortal honor de nuestra casa? Quiso verlo todo por sí, distinguió los talentos, supo emplearlos, y la mitad de su reynado le bastó para regenerar todos los ramos de una vasta monarquía. Estaba como tú en aquella edad dichosa susceptible de entusiasmo y de esperanzas. Aprovecha tan preciosos instantes: perfecciona lo que empezé con tanto afan: mejora algunas providencias mias, y reforma las equivocaciones inseparables de una larga administracion: acelera el progreso de las luces, y nunca temas sus efectos saludables. Los reyes que perjudican su patrimonio siempre que se equivocan, no necesitan las tinieblas y la ignorancia, porque nunca tienen interés en hacer el mal: este interés es el de las pasiones subalternas que los rodean, y que procurarán escudarse con tu autoridad para sujetarte: librate de este grande y de

este único riesgo por medio de la instruccion general, y verás resplandecer entre el choque de las pasiones y de las discusiones aquella antorcha de la opinion pública que te guiará seguramente.

La nacion generosa y fiel que ama á sus soberanos, y puso la corona en las sienes de mi padre, no necesita mas que instruccion para ser la primera de todas: puedes emprender y concluir esta grande obra, y puedes gozar antes que tus ojos se cierren del espectáculo mas capaz de satisfacer á un corazon sensible: de un espectáculo digno de la complacencia de Dios mismo, esto es de millares de hombres que te deban su felicidad, y la de las generaciones venideras.